

DISCURSOS

PRONUNCIADOS EN EL ACTO DE
INVESTIDURA DE DOCTOR "HONORIS CAUSA"
DEL DOCTOR

DON KOSTAS E. TSIRÓPULOS

UNIVERSIDAD DE GRANADA
MMIV

(F)
6
5
5

2 400 40

Salta

MADRID

DISCURSOS

PRONUNCIADOS EN EL ACTO DE
INVESTIDURA DE DOCTOR "HONORIS CAUSA"
DEL DOCTOR

DON KOSTAS E. TSIRÓPULOS

(F)

6

SI

is

UNIVERSIDAD DE GRANADA
MMIV

F217

DISCURSOS

PRONUNCIADOS EN EL ACTO DE
INVESTIDURA DE DOCTOR "HONORIS CAUSA"
DEL DOCTOR

DON KOSTAS E. TSIRÓPULOS

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA GRANADA
N.º Documento <u>645225689</u>
N.º Copia <u>16440857</u>

UNIVERSIDAD DE GRANADA
MMIV



GR(F)
06
TSI
d.s

DISCURSO PRONUNCIADO
POR EL DOCTOR DON MOSCHOS MORFAKIDIS FILACTOS
CON MOTIVO DE LA INVESTIDURA DEL DOCTOR
DON KOSTAS E. TSIRÓPULOS



© UNIVERSIDAD DE GRANADA

DISCURSOS ACTO INVESTIDURA DOCTOR "HONORIS CAUSA".

Edita: Universidad de Granada

Printed in Spain

Impreso en España

Excmo. Sr. Rector Magnífico
Excmos. e Ilmos. Sres. Vicerrectores y Decanos
Claustro de Doctores de la Universidad de Granada
Excmas. e Ilmas. Autoridades
Señoras y Señores:

Los que nos interesamos por el amplio campo del saber que ha abarcado la actividad de Konstantinos Tsirópulos, hemos coincidido siempre en que el término que mejor puede adecuarse a su personalidad es el de “Humanista”. En realidad, sería casi imposible trazar, en tan escaso espacio de tiempo, la magnitud de la obra de un hombre tan infatigable, luchador y creativo y, más aún, explicar cómo, a través de una vida extremadamente disciplinada y casi ascética, ha conseguido mantener la pasión, el entusiasmo y el ímpetu que caracteriza toda su trayectoria como escritor, investigador, pensador e idealista.

El entusiasmo y la sensibilidad son, en efecto, las virtudes que más condicionaron su dilatada obra, en la que ha sabido combinar su profunda espiritualidad con los valores del humanismo y con un evidente sentido práctico. Fe de ello dan sus estudios en Derecho y en Historia del Arte, así como la rica y fértil actividad que durante muchos años desempeñó como funcionario público o como Secretario del Consejo del *Arzobispado de Atenas* (hasta el 1968); como Consejero Cultural de los *Ministros de Cultura* (1974-75), de *Educación* (1975-80) y de *Asuntos Exteriores* (1979-81); como Director del *Área de Cultura del Banco Comercial de Grecia* (1975 - 1992); como Secretario General de la *Casa de las Letras y Artes de Atenas* (1974-75); como Presidente del *Centro Nacional de Cine* (1974-76); como Secretario General del *Teatro Nacional de Atenas* (1975-1980) o como miembro del *Comité Ejecutivo Griego de la UNESCO* (1974-76). Y en medio de todo ello, supo también encontrar el tiempo para representar a Grecia en varios congresos europeos e internacionales e impartir numerosas conferencias, cursos, seminarios, etc., dentro y fuera de su país. Durante mucho tiempo lo conocimos también como colaborador fijo de la *Radiotelevisión Griega* y de buena parte de la prensa más prestigiosa de Grecia, a través de innumerables artículos sobre la lengua y la cultura griega antigua, medieval y moderna.

Son tres los ejes, alrededor de los que ha girado la vida personal e intelectual de Konstantinos Tsirópulos, y los tres se podrían también considerar como sus grandes pasiones:

El primero es **Grecia**, a la que siempre contempló y estudió desde la diacronía. La lengua, la literatura y los valores espirituales del pueblo griego aparecen de forma incesante en sus obras donde el ideal helénico y la enseñanza del griego clásico en todos los niveles educativos, fueron su máxima preocupación y los bienes más preciados que había que preservar. Por esa razón, durante más de cuarenta años, se centró principalmente en el examen de la lengua, la religión y de los grandes acontecimientos que marcaron la historia del helenismo desde su aparición histórica hasta nuestros días. Este hecho no pasó inadvertido para nadie y llevó al conocido crítico literario Andreas Karandonis a señalar que “el mundo griego antiguo y moderno, la Ortodoxia cristiana, el hombre ético realizado, el optimismo, la autoconciencia, el amor profundo hacia el hombre, la bondad como valor máximo, la adoración de la libertad, la repulsa hacia la ciega y pesada vida material, son algunos de los principales temas de Tsirópulos”.



Haciendo una cata en el impresionante corpus de su obra, podemos ver cómo las inquietudes del helenismo contem-

poráneo van siendo estudiadas a través de un escritor como Nikos Kazantzakis o de un político como Eleftherios Venizelos en su libro *Los que hablaron antes* (1977), mientras que la figura del llamado “escritor nacional”, es objeto de estudio a través de la brillante Generación del 30 en la obra *Abecedario* (1982).

Intrínsecamente ligada a la tradición griega se encuentra la **espiritualidad cristiana**, que constituye el segundo eje de su obra. La búsqueda de una salida a las terribles vivencias de la Guerra Mundial y de la Guerra Civil, lo mismo que en las corrientes literarias Tesalonicenses, con las que siempre mantuvo una estrecha vinculación, desembocó en lo metafísico y en lo espiritual, donde la fe cristiana cristaliza en un optimismo que constituye la fuerza motriz de toda la actividad del autor.

Esta búsqueda espiritual, presente en buena parte de su obra, en el terreno de lo práctico, se cristalizó con la dirección de la revista anual *Simposio Cristiano*, editada por la antigua y prestigiosa Editorial “Estía”. Kostas Tsirópulos no sólo fue su fundador y su director durante 6 años (1966-1971), sino que aportó a ella su valiosa labor de investigador y traductor. Fiel a la más genuina tradición grecocristiana tendente a combinar la fe con la búsqueda y la reflexión, consiguió

aprovechar la circunstancia para introducir a sus compatriotas en el pensamiento cristiano occidental, en estos seis tomos que, por su absoluta falta de dogmatismo, constituyen verdaderos documentos de la introducción en el mundo griego de los mejores logros de la literatura cristiana occidental.

El tercer eje es **España**, a la que amó, estudió y dio a conocer en su país. Cuando sus contemporáneos fijaban su mirada hacia Francia, Alemania o Inglaterra, él descubrió un mundo fascinante, cargado de historia y de valores dignos de dar a conocer a sus compatriotas. Durante sus frecuentes viajes por este país, y tras una estancia de dos años como becario del Instituto Español de Cultura, pudo profundizar en el conocimiento de su centenaria civilización y de sus logros en el pensamiento y en el arte. Por esta razón, cuando decidió orientar la revista *Simposio Cristiano* hacia el conocimiento de la literatura cristiana occidental, lo hizo, según sus propias palabras “por razones prácticas y sentimentales y con la certeza verificada de que ningún pueblo europeo, se encuentra en su psicósíntesis tan cerca de nosotros, como el español”. Gracias a ello, en 1969 se presentaban por primera vez en lengua griega obras de Miguel de Unamuno, Carles Riba, Joan Maragall, Gabriel Miró, Xavier Zubiri, Pedro Laín Entralgo, Dámaso Alonso, José Luis

Aranguren, Leopoldo Panero, Carmen Laforet, Miguel Hernández o Luis Rosales, entre otros.

Con el mismo ánimo de difundir en Grecia las letras españolas, fundó en el seno de las «Ediciones de los Amigos», la serie *Biblioteca Española*, que dirige hasta nuestros días. A través de ella, y en una época en la que en Grecia apenas se conocía algo más que a Cervantes y F. García Lorca, él promovió la traducción o tradujo personalmente obras de José Ortega y Gasset (*El tema de nuestro tiempo, Meditación de Europa*), de Pío Baroja (*El Paradox rey*), de Tirso de Molina (*Don Juan Tenorio*), de Miguel de Unamuno (*Abel Sánchez, Don Sandalio, jugador de ajedrez – San Manuel Bueno, mártir, La agonía del cristianismo*), de Antonio Machado (*Poesías escogidas*), de Juan Ramón Jiménez (*Dios deseado y deseante, Hacia otra desnudez*) de F. García Lorca (*Romancero gitano*), de San Juan de la Cruz (*Cántico espiritual, Subida al Monte Carmelo*), de José Lezama Lima (*Selección*), de Espriu (*El cementeri de Sinera*), de la Novela picaresca (*Lazarillo de Torres*) e incluso de Santa Teresa de Jesús (*Las Moradas*).

Pero, la magnitud de su impresionante labor difusora de la literatura española en lengua griega, se puede observar en casi todos los fascículos mensuales de la revista *Efzyni* que vieron

la luz en los últimos cuarenta años. Aquí, como se ha señalado en cierta ocasión, los autores españoles son como “la arena del mar” y en consecuencia la revista en sí constituye hoy la mayor representación de las letras españolas en lengua griega.

Su amor por España, a la que visitó por primera vez en 1961, pronto se vio plasmada en 18 artículos publicados en el prestigioso diario ateniense *I Kathimerini*. Al igual de lo que pasó años antes con sus compatriotas Nikos Kazantzakis y Kostas Uranis, estos artículos serían el germen de un libro que aparecería en 1966 con el título *Estudios sobre España*; un libro, que pese a su título, fue calificado por la crítica como una de las “cinco o seis buenas obras griegas de la llamada *literatura de viajes*, que probablemente sobrevivan como obras literarias y como testimonios de los cambios de la posguerra en nuestro planeta”. Su versión española realizada en 1969 por “Editora nacional”, dio entonces al público español la posibilidad de comprobar su gran capacidad de observación y de análisis, su pasión y su lirismo. Sus sentimientos se pueden ver perfectamente en las palabras con las que termina la obra: “Si yo no hubiera pasado por España, si no la hubiera vivido como la he vivido, no sé lo que hoy sería de mí, pero seguramente yo no sería el que soy. Ella me ha dado una singular formación y experiencia; yo le he dado mi corazón y mi tiempo...”.

Durante años, Konstantinos Tsirópulos logró alcanzar un conocimiento profundo de la vida cultural y de las letras españolas aunque, para él, entre los descubrimientos más reveladores de España serían las generaciones del 98 y del 27, de la que destaca la figura de F. García Lorca al que en 1976 dedicaría el poema “Muerte y gloria de F. García Lorca”, que en 1987 tradujo al español José Ruiz Luque. Incluso antes aún, en 1963, en la colección poética *Odeón para voces solitarias*, hablaba con un lenguaje luminoso y descriptivo, que nos recuerda la Generación del 30 griega, sobre la vieja Europa en la que “el paisaje de España es como continuación del paisaje griego, pero bajo un sol más ardiente y más sangriento y donde la vida es más amarga y más apasionada; un paisaje al que surca con frecuencia una navaja: la de García Lorca, que en adelante será tan inseparable de España, como lo es Dante de Italia” (A. Karantonis, “Odeón para voces solitarias”, *Nea Estía* del 1-8-1963). Un paisaje que, sin embargo, pudo servirle de refugio para escribir uno de sus primeros ensayos *Grecia como problema*. Precisamente en Madrid que, por aquel entonces, tenía tantos o más problemas que Atenas, pudo reflexionar sobre temas como el helenismo antiguo y moderno, la asombrosa pervivencia de la lengua griega, los problemas que achacaban la vida pública griega y la desarticulación de la sociedad griega de su época. Como contrapeso a todo ello ponía

la pasión por la libertad, la democracia y la herencia dejada por las grandes figuras de la Grecia contemporánea en los campos del pensamiento, de la literatura y del arte.

Gracias a su plétórica personalidad, Konstantinos Tsirópulos no tardó en convertirse en referente de la vida cultural de Atenas. Pocos en Grecia desconocen las tertulias que todos los sábados, y desde hace cuarenta años, organiza ininterrumpidamente en pleno corazón de la capital de Grecia. Es todo un acontecimiento por el incesante flujo e intercambio de ideas entre los que acuden con asiduidad, los que están de paso por la capital o sencillamente los que deciden ir por alguna razón concreta. En ella siempre hay destacada presencia de españoles o temas relacionados con ella.



En el ámbito editorial, le debemos gran parte de las maravillosas ediciones del Banco Comercial de Grecia que abarcan temas de la historia, el arte y la literatura neogriegas. Su gran inquietud y creatividad le empujaron a fundar además en 1960 la editorial “Ediciones de los Amigos” que, en sus casi 400 libros distribuidos en las series *Astrolabo*, *Analogio*, *Parakimena*, *Cuadernos de la Efzini* y *Biblioteca Española*, abarca obras de muchos de los más destacados representantes de la vida intelectual y literaria griega, aborda los temas y episodios más trascendentales de la Grecia con-

temporánea y constituye un verdadero tesoro para el conocimiento de las grandes figuras políticas y literarias de la Grecia moderna. En el seno de la misma, fundó en 1961 la revista mensual *Efzyni* (una de las más prestigiosas del país en temas de pensamiento y literatura), que dirige hasta la actualidad. Sus volúmenes abarcan temas relativos a la enseñanza del griego clásico, de autores griegos antiguos y modernos, la defensa de la herencia lingüística griega y el pensamiento y la cultura universal, donde España ocupa uno de los lugares más destacados.

Su obra

A su temprana inclinación por la historia del arte, debemos dos excelentes libros sobre el arte bizantino. El primero, que vio la luz en 1970, se centra en la *Decoración bizantina* y analiza las tendencias artísticas desarrolladas durante más de mil años en Bizancio, teniendo como eje el misticismo cristiano oriental. El segundo, donde España vuelve a ser el centro de su atención, apareció en 1977 con el título *Pintura románica y bizantina*, y es el excelente resultado de un largo y minucioso estudio, que culminó gracias a una beca de dos años que le concedió el Instituto de Cultura Hispánica. Combinando un profundo conocimiento sobre las formas artísticas y la religiosidad bizantina y española con el

riguroso análisis comparativo de sus particulares formas de contemplar la Divinidad y de rendirle culto, Konstantinos Tsiropoulos supo encontrar aquí los elementos que unen y que separan las manifestaciones artísticas de su tierra natal y de su casi patria de adopción.

En el campo literario, su voluminosa obra comienza con la expresión poética que en 1962 vio la luz en su primer libro titulado *Odeón*. Desde entonces publicó diez colecciones poéticas en las que destaca especialmente el lirismo y la pasión: *Noches* (1964), *Encáustica* (1971), *Verano negro* (1973), *Los ángeles* (1977), *Cuaderno de alucinaciones* (1979), *Semana Santa* (1980), *Eros, Sueño, Muerte* (1984), *Misterio* (1988), *Textos definitivos*, *Antología Poética* (1992). Su estrecha relación con España se puede ver incluso en el campo de la poesía; así en 1994 compuso su obra *Anochecer la Noche Anoche*, durante su estancia en Barcelona y, pocos años más tarde, su última colección poética *El descanso de los atletas*, era presentada con gran éxito en el festival poético de Tenerife, ciudad en la que se editó su excelente traducción al español realizada por Isabel García Gálvez.

En la prosa nos ha dejado cinco libros de novelas y tres de narrativa entre los que destacan *Solitaria luna lejana* (1972), *El cazador y la caza* (1974) y *Escila y Caribdis* (1990).

Muy leídos fueron también sus tres libros de viaje, centrados además de en España, en África (1964) y en América (1977). Sin embargo, es el ensayo, el género que más destaca y con el que mejor se identifica a Konstantinos Tsirópulos. Su primer libro titulado *Sobre las pasiones* apareció en 1963. En la veintena de trabajos que le siguieron destacan títulos como *Autopsia de una época* (1966), *El testimonio del hombre*, (1968), *Lección de la libertad* (1973), *Cultura del cuerpo* (1981), *Educación de la libertad* (1985), *Abecedario* (1987), *El signo de puntuación* (1989) y *Entre dos siglos* (2003).

Para una aproximación al pensamiento de K. Tsirópulos puede servirnos el más reciente de sus libros, *Entre dos siglos*, que en 2003 recibió el *Premio Uranis de la Academia de Atenas*, y en cuyos 108 ensayos escritos entre 1991 y 2001 se examina la conducta humana durante el siglo XX; un siglo en el que, según su autor, el hombre odió, renegó y combatió su alma tanto como nunca lo había hecho; de allí que las heridas que recibió su conciencia tardan tanto en cerrar. Un siglo marcado por el desarrollo espectacular de la tecnología y del bienestar que desembocó en un consumismo incontenible ayudado por la loca globalización del mercado. Y en medio de todo ello, el hombre, que de factor espiritual ha pasado a ser factor económico (*consu-*

mo ergo sum). El manifiesto cinismo y la limitación de la deseable ansia por la libertad real dieron paso a la consolidación de una libertad de forma y no de esencia, que a su vez produjo la humillación del hombre que desea marchar según los criterios de su conciencia. Un hombre, subyugado a las constantes exigencias consumistas, que ha llegado a olvidar su propio yo y, por ende, se ha apartado también de Dios. Pero el alejamiento de lo divino, ha llevado al hombre ya sin Dios, y sobre todo al hombre de la opulencia, ante el agudo problema que determina nuestra vida: el tiempo. “El hombre postmoderno, como enfáticamente se le llama, lleva la muerte en su alma, porque las sagradas instituciones de la familia y de la educación dejaron de funcionar para él de forma espiritual”.

Especial mención merece también su labor traductora, a la que se debe la versión en lengua griega de varias de las grandes figuras de la literatura y del pensamiento francés y español. Más de treinta escritores españoles han sido presentados por primera vez en Grecia por Kostantinos Tsirópulos, en unas traducciones que han merecido multitud de alabanzas también por su fuerte carácter creativo. Entre ellos figuran J. Ortega y Gasset, Antonio Machado, José-Luis Aranguren, Juan Ramón Jiménez, Salvador Espriu, Camilo José Cela o la propia Santa Teresa de Jesús. Parale-

lamente, se puede comprobar su contribución en la difusión de la literatura neogriega en España a través de la edición de la antología de novelas griegas editada en 1972 por la barcelonesa editorial Acervo y de la *Ascética* de Nikos Kazantzakis, editada por la Editorial Kyklades.

La obra de Konstantinos Tsirópulos no tardó en ganar el **reconocimiento** público. Al prestigioso *Premio de Doce*, que se le concedió en 1964, le han seguido los premios más importantes de Grecia: en 1967 recibió el *Premio Nacional de Ensayo*, en 1978 el *1er Premio Nacional de Novela*, en 1986 el *Premio de Ensayo de la Academia de Atenas*, en 1992 el *1er Premio de la Sociedad de Traductores Griegos* y el *1er Premio de la Sociedad de Letras Cristianas*, y en 2003 el *Premio Uranis de la Academia de Atenas*. En 1991, la revista mensual “Diavazo”, una de las más prestigiosas de Grecia en el terreno de la literatura y del pensamiento, le rindió homenaje dedicando el vol. 238 a su vida y su obra.

El reconocimiento a su figura se ha puesto de manifiesto también desde hace años en España, donde su presencia ha sido constantemente reclamada en multitud de universidades y foros literarios, y donde ha sido traducida parte de su obra y editada en diversas ocasiones: *Estudios sobre España*, por Editora Nacional en 1969, *El signo de puntuación* y

Los ángeles, por la Editorial Kyklades en 1987 y 1990 y el *El descanso de los atletas*, por la Universidad de Tenerife en el 2000. Con un premio especial le honraría también en 1990 la Casa-Museo F. G. Lorca de Fuente Vaqueros por su infatigable presencia en la vida cultural del país.

Y con ello llegamos a su estrecha **relación con Granada** que requiere una mención especial, puesto que se trata del intelectual griego que mayor relación ha tenido con el Departamento de Filología Griega de esta universidad.

De nuestro primer encuentro en Atenas en el año 1985 surgió ya la idea de conmemorar los cincuenta años de la muerte de Federico García Lorca, a través de una exposición y de una serie de actos académicos y culturales referentes a la asombrosa repercusión que tuvo la figura y la obra del poeta de Fuente Vaqueros en Grecia. El hecho de ser Lorca el autor extranjero que, posiblemente, más hondo haya calado en el espíritu del pueblo griego, era entonces, y lo sigue siendo todavía, un tema digno de atraer el interés de la investigación. Esta fue una de sus primeras fértiles colaboraciones con Granada, que desde entonces ha sido la ciudad que más se ha beneficiado de su amor por este país. La exposición, que tuvo lugar en la recién inaugurada Casa-Museo de F. García Lorca en Fuente Vaqueros, reunió un gran

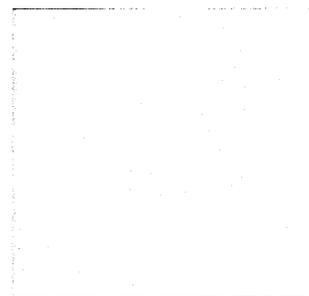
número de objetos originales, que por mediación posterior de K. Tsirópulos se quedarían en la Casa-Museo en forma de donación. Poco después conseguiría el traslado de los dibujos originales de F. García Lorca a Atenas, para ser expuestos en la Pinacoteca Nacional de Grecia. La exposición se convertiría en todo un acontecimiento para la vida cultural de aquel país, que también daría como fruto el espléndido catálogo que la acompañó.

Desde entonces, la colaboración y la presencia de K. Tsirópulos en Granada fue constante: impartió clases y conferencias, y participó en numerosos congresos y reuniones científicas que se organizaron en el seno de nuestra Universidad sobre la civilización griega. Su presencia fue siempre beneficiosa, tanto por su contribución científica, como por su inestimable ayuda en la hora de buscar apoyos institucionales o privados en Grecia. Resultado de su entusiasmo y creatividad es también la llegada de la espléndida muestra de arte griego que se exhibe hoy en nuestra querida Facultad de Filosofía y Letras y que ha convertido su espacio en un referente de nuestra universidad.

Pero su contribución al avance de los estudios neogriegos en España se puede seguir mejor desde el 1998, año en que se creó el Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y

Chipriotas, tan estrechamente ligado a la Universidad de Granada. Los que pertenecemos a este centro sabemos que es nuestro mejor representante en tierras griegas y quien mejor vela para que se cumpla la misión para la que ha sido creado y que no es otra que la de ser el gran motor de la difusión de la cultura griega medieval y moderna en el mundo hispano. Para ello ha dedicado gran parte de su energía que ha dado, entre otros puntos, el gran acontecimiento que celebraremos mañana: la inauguración de la biblioteca de Konstantinos Tsatsos, gran pensador y primer presidente de la Grecia democrática, surgida tras la caída del régimen de los coroneles.

Por todo lo expuesto, pido al Claustro de Doctores la venia para que Konstantinos Tsirópulos sea investido Doctor “Honoris Causa” por la Universidad de Granada.



DISCURSO PRONUNCIADO POR EL
DOCTOR DON KOSTAS E. TSIRÓPULOS

Excmo. Sr. Rector Magnífico
Excmos. e Ilmos. Sres. Vicerrectores y Decanos
Claustro de Doctores de la Universidad de Granada
Excmas. e Ilmas. Autoridades
Señoras y Señores:

LA NOCHE DEL ESCRITOR

No voy a preguntarme por qué existe la noche en el mundo y para qué sirve. El misterio de la Creación queda intacto ante preguntas estériles en respuestas. No obstante, obediendo al mandamiento de Platón, voy a preguntarme —y a continuación intentar explicar— qué significación tiene la palabra “Escritor” y cuál es, en mi opinión, su definición. Aceptando de antemano la distinción tan decidida de Roland Barthes entre “écrivain” y “écrivain”, he de subrayar que

cada persona que sencillamente escribe, se erige contra la labor del tiempo, la labor del olvido. Porque, mientras el ser humano, desde el momento de su llegada al mundo devora el tiempo, es *χρονοβόρος*, el tiempo, al revés, devora al hombre, es antropófago. Resistiéndose a este destino aniquilador, el hombre escribe, intenta parar el tiempo, superarlo o vencerlo con sus palabras, procurando su superación y no solamente ejerciendo su *resistencia* a la futilidad del vivir dentro del mundo.

Pero el acto de escribir no significa solamente resistencia. En importancia equivalente, es también *conocimiento*. El ser humano conoce y reconoce su existencia y al mundo entero en sus secretos, *con palabras*. Así como el Logos se hizo Verbo, el mundo también se verbaliza dentro del hombre, igual que se verbaliza su existencia misma en los más oscuros e indescifrables misterios. Desde el momento de nuestra llegada a la tierra, portados por el eros de nuestros padres, avanzamos hacia este conocimiento polivalente preguntando con palabras. Preguntando a los demás, preguntando a nosotros mismos sobre el hambre y la sed, el dolor y el sueño, el cansancio, el apetito y el deseo, utilizando las palabras para alumbrar nuestra misteriosa presencia en el mundo, hasta que todo nuestro ser filtrado se transforma en un universo de palabras. Esta función sagrada de la intro-

ducción del ser humano en el misterio del mundo –en su existencia misma- con preguntas, ha sido codificada por Platón en forma de diálogo.

Este diálogo en marcha hacia el enigma del ser no significa solamente comunicación entre los hombres sino también: comunión, comunidad y sociedad –la palabra griega: *koinwniva*-. Y esta función iluminadora sigue siendo oral hasta el momento en que el hombre, asustado por la volatilidad de las palabras, por la divina resistencia del silencio delante de ellas, toma conciencia de la futilidad de toda oralidad verbal, de la pérdida de sus palabras. Entonces, las palabras aladas de Homero, para que no se pierdan, tienen que ser atadas con la escritura. De este modo, se tapia la memoria contra el asedio del olvido y se forma la resistencia en la vanidad del discurso.

Pero mi visita, que se debe a la palabra escrita, no termina ni aquí ni así. Todo ser humano –que no sea absolutamente analfabeto-, escribe, si bien no es ciertamente un escritor. Escritor es la persona que regularmente escribe textos y libros, como un luchador constante contra el tiempo que en esencia es nihilista. El escritor que insinúa el título de este discurso es aquel que establece una relación ontológica con las palabras, con la lengua escrita. Sus palabras escritas revelan las

sustancias mismas de su existencia. Es más: este tipo de escritor escribe sus textos con una conciencia misteriosa de la belleza del texto y sus palabras son las llaves de nuestro enigma. Es servidor del Arte de la lengua. Y cuando el tiempo despierta dentro de su existencia total la futilidad arrasadora de todo lo humano (porque la historia de la Humanidad entera es tanto más olvido que memoria), el escritor se eleva y se enfrenta con ella utilizando, como último recurso, la belleza de su idioma, la transtemporalidad de sus palabras. Así, en griego “Literatura” = *Λογοτεχνία*, significa “Arte de la palabra”.

Esta función es ontológica porque justifica toda la existencia, absorbe la totalidad del ser. El escritor consciente no escribe solamente con su espíritu, con su alma o con su corazón. Escribe con su existencia total, también con su cuerpo. El mundo ha vivido largos periodos despreciando el cuerpo humano y exaltando el alma. Ahora, periodo de la mundialización del *homo economicus*, sucede lo contrario. Pero, respetando el canon helénico, *τὸ μέτρον*, “la medida”, debo subrayar una gran verdad: la materia es buena, la materia es sagrada y bendita porque, ella también, ha sido plasmada por el Creador del todo. Y un escritor consciente no obedece solamente a las órdenes de su espíritu, de su alma o de su mente –de todas las fuerzas invisibles e

indescifrables dentro de su existencia- sino también a su cuerpo. Esto no significa que un escritor deba ser materialista. Al contrario: las palabras no contienen materias y en el idioma griego el término “Escritor” adquiere una misteriosa significación: *συγγραφέας*. Es alguien que *συγ-γράφει*. Es decir, *γράφει*, “escribe”, *συν*, “con”, esto es, “con alguien”, no solo. Escribe acompañado. ¿Quién es este “alguien”, este “otro” que no es “yo”? ¿Y por qué colabora en esta proeza de belleza de la lengua? Quizás, porque este Alguien, este Otro es el Creador de toda la Belleza del Mundo, una belleza no estática, sino en continuación perpetua dentro del marco del tiempo –que también pertenece a la Creación-. Este Alguien es el mismo que ha creado la Noche. La Noche del Escritor también.

El escritor, este tipo de escritor, en sus comienzos está solo y, por dentro, oscuro en un mundo excesivamente iluminado. Huésped de este mundo, empieza a adivinar que todos los secretos de la vida y del ser humano están escondidos entre tinieblas. Las tinieblas retienen la fuerza de los descubrimientos de su existencia. Pero, ¿qué es su existencia? ¿qué este cuerpo oscuro, impenetrable que lo adivina como “luz de carne profunda” –para utilizar el espléndido verso de Vicente Aleixandre? El verbo “existir” tiene su raíz, según María Moliner, en el verbo griego “hístemi” (*existere*,

sistere, hístemi), es decir: “colocar, poner de pie”, “ex”, “allá”. Pero el verbo equivalente en griego es más significativo, incluso profundamente insinuante: *ὑπάρχω, ἄρχω* (de aquí la palabra “arquetipo”...), es decir, “dominar, gobernar”, pero con la preposición *ὑπὸ*, que significa “bajo alguien o algo”. De este modo, el verbo en griego desvela la función del ser humano que no está tirado, como dicen los pensadores franceses, casualmente dentro del mundo, *ὑπ-ἀρχει*, existe, pero en relación estrictamente orgánica con Alguien o algo. Se descubre así una relación sorprendente entre la palabra griega *συγγραφέας* y el verbo griego *ὑπ-ἀρχω*, en su referencia constante a Alguien o algo que es fundamental. ¿Es acaso Dios, es el Creador de todo o es el Destino? Constatamos que de este verbo tremendamente misterioso surgen todas las preguntas, síntesis de palabras que intentan iluminar a un escritor en su íntima noche: la razón de las palabras de la lengua, el porqué de los hombres que hablan, que escriben dentro de este mundo tan razonablemente iluminado. ¿Y qué es este contrapunto constante del mundo en plena luz con su existencia tan oscura? Noche de deseos, noche de cuerpo, “noche de sentido” según San Juan de la Cruz, noche del corazón y de la mente, anhelo de un saber que quiere sobrepasar la frontera del existir, frontera de la temporalidad, tocar los misterios del ser, del “yo”, del “tú”, del mundo en vida y en muerte. Un multi-

asedio interior, una multi-encuesta exterior, bajo el dominio misterioso de la lengua, en compañía de alguien superior y desconocido que retiene la última palabra. Precisamente, cuando algunas veces llega el escritor al final de un texto suyo, siente que una fuerza ajena, vigiladora, lo empuja y le ayuda a grabar las palabras concluyentes, la frase final —clave de toda literatura, de todo pensamiento personal—. Aporía: ¿Acaso no es aquel que *συγ-γράφει*, que escribe junto, en unidad orgánica, ontológica, con el escritor, el mismo que *ὑπ-ἀρχει*, que existe por encima, ^{ΣΟΦΙΑ} vigilador de su ser?



El mundo entero, los otros, la naturaleza, todos los fenómenos, del verbo griego *φαίνω* = “ilumino, alumbro”. El mundo expuesto delante de escritor para tocarle, estudiarle, mirar y hundir todos sus instintos, sentidos e intuiciones en él, intentar con esta luz exterior iluminar su oscuridad, su noche interior. Porque, todo fuera de él tiene una razón, una explicación, mientras dentro de su cuerpo, de su mente, de su alma, la oscuridad espesa no le permite entender bien, aclarar y justificar su existencia. ¿Por qué debía tener este cuerpo, por qué este espíritu interrogante, por qué desplegar a escondidas esta vida interior, sentimientos, pasiones, esperanzas, añoranzas, tristezas y decepciones, una aporía esencial, tiránica en transfusión perpetua con sus textos? Y,

¿por qué estos hombres sembrados dentro de su tiempo, alegres pero condenados a muerte, llevan ellos también, conscientes o no, su propia noche? Las indomables preguntas platónicas, inflamadas por la conciencia insatisfecha, llevan al escritor a una peligrosa extremidad. De la observación exterior vuelve hacia la observación interior, mística, y es entonces, creo, cuando un escritor consciente alcanza de verdad una altura y una originalidad estrictamente personal. Porque somos iguales y, a la vez, somos todos distintos. En esta variedad misteriosa e inagotable se esconde el encanto de toda la humanidad, el descubrimiento de la amistad, la sorpresa del amor. Pero, para que un escritor llegue pernoctando en estas últimas realidades del misterio humano, tiene que atravesar túneles oscuros, íntimos, perforar tapias, saltar por callejones sin salida, pasar de la noche del sentido a la noche del espíritu (San Juan de la Cruz).

Todo este esfuerzo significa adoptar la táctica de los hagiógrafos bizantinos. Ellos pintaban las figuras de sus iconos eliminando la sombra —una de las tres dimensiones de lo humano que significaba, creo, la realidad de la mortalidad de cada ser humano—. En contrapunto, exaltaban la altura de las figuras, es decir, el alma, y estrechaban la anchura que significaba la presencia terrestre del cuerpo como signo del mundo de los sentidos.

El escritor, esculpiendo con palabras su obra, intenta vencer no solamente su propia muerte, sino la melancolía agotadora por la amargura del tiempo. Su sabor que todo ser humano siente es aquello que nos ofrece cada auténtico libro de literatura, asegurándonos que el tiempo, esa fiera, no podrá vencer sus palabras. Y que su escritor podrá sobrevivir sobre las cenizas del tiempo, vivir como excavador de sus tinieblas, como iluminador de secretos originales, no como testigo sino como un salvador. Así se descubre el camino de la luz que iluminando los primeros años, el exterior del escritor, logra iluminar su interior. El paisaje que en su juventud observaba con claridad adorable, se hunde durante su madurez dentro de la noche temerosa. Las palabras que volaban alrededor de él —palabras nutridas por la experiencia adolescente de su cuerpo, de su alma, de su espíritu—, ahora se posan agotadas y oscuras encima de sus papeles, y de su boca sale la sangre de su alma. Porque el escritor, en su juventud escribe con sus sueños, en su vejez, con sus dolores. Sus palabras están expuestas en el peligro original de la muerte. Luchar con ellas contra la muerte no significa aniquilar el tiempo, sino engañarle. Y si el destino del hombre es la muerte —salida obligada de este mundo—, ¿por qué no puede esperar que la necesidad apócrifa de la muerte conlleve la esperanza, también apócrifa, de la resurrección, es decir, de vida después de esta vida como un orden de razón absoluta en la Creación?



Creo que cada obra literaria de gran tamaño es una negación del nihilismo, una respuesta a la muerte, una eliminación personal de la noche. Dentro de una soledad, como situación inevitable de la soledad del nacimiento y de la soledad de la muerte, la “noche del espíritu”, es una superación heroica del destino humano, una victoria insinuante de la dictadura de la muerte, una liberación de la cárcel del tiempo. Así creo que ningún libro de los tantos amontonados en las bibliotecas del mundo termina de verdad. Uno continúa allí donde el otro parece haber terminado su texto. Porque el género humano continúa viviendo, naciéndose y muriéndose dentro de los océanos de las palabras, en los imperios de los libros, iluminando el misterio humano, descifrando el verbo “existir” con su carga trágica. Con amor y con dolor, la esperanza sagrada de una victoria contra el tiempo, el precursor de cada muerte.

Así pasando los años, el exterior del escritor se oscurece, el interior se ilumina y su alma siente el soplo de una sabiduría arduamente conquistada. “El búho” -de la diosa Atenea- “sale al anochecer”, escribe Kirkegaard. La sabiduría, no de la mente, la sabiduría horizontal, sino la sabiduría vertical, trágica como apogeo del filosofar sobre la vida que significa dialogar con la muerte. Y esta etapa llena la obra del escritor con una melancolía insistente, melancolía dramáti-

ca del corazón, melancolía trágica del cuerpo, melancolía metafísica del alma. Su lengua se desnuda, abandona sus adornos y el escritor anda liberado del mundo, como el viejo Edipo camino hacia el bosque sagrado de Kolonós. Hay vida, hay muerte, entrada y salida por encima de las palabras, aquel silencio que acompaña la retirada del coro en las tragedias, silencio espeso, misterio, y en este silencio se descifra la voz de Dios, sus palabras enigmáticas dentro de la ignorancia total, la desnudez, que predijo Sócrates. Es, creo, llegar a aquella transparencia que deseaba tanto el gran Juan Ramón Jiménez. Los textos que salen ya de una existencia transparente también, consciente, esencial, que forma un idioma esbelto, capaz de domar las tinieblas.

Es un descubrimiento, como vivencia, consciente del misterio del tiempo, este cambio profundo del escritor —transportación de la noche interna al exterior de su existencia, importación de la luz dentro—. Allí se celebra, con palabras, una glorificación de la luz, agotamiento apocalíptico de la noche del existir, día misterioso, respuesta a las preguntas atormentadoras: ¿por qué el escritor, por qué escribir, por qué insistir tanto en los textos?

Así se celebran en los textos de madurez las nupcias apócrifas de la claridad con la oscuridad, del día con la noche —y

este acontecimiento ocurre gratuitamente, sin destino determinado-, así como dice el eterno Federico García Lorca: "La aurora llega y nadie la recibe en su boca".

El olvido original dentro de la Creación, resultado del tiempo, está más cerca de la noche del escritor, y más lejos de su día íntimo. El olvido florece dentro de su propio cuerpo, un cuerpo que avanza irremediabilmente en el tiempo, olvidando su pasado y, en vano, el poeta Kavafis le pide que se acuerde de su pasado erótico. El cuerpo, creado por el tiempo, marcado por el eros, olvida, se libera de sus vivencias, una niebla acariciadora le está empujando hacia una claridad, hacia otra desnudez —para acordarse otra vez de Juan Ramón Jiménez— hacia una noche del espíritu de San Juan de la Cruz, una noche que comienza con el alba misteriosa que es la muerte del escritor, su salida del tiempo, su entrada en el misterio que deja libre la extinción del tiempo.

"Vence la noche al fin y triunfa / mucho el silencio" dice Góngora. Pero de este silencio nació la palabra. Esta palabra tiene que resistir a la escoria del tiempo, tiene que atravesar con una agilidad sorprendente las épocas, tiene que levantarse por encima del prestigio de la Historia, tiene que ser una constante presencia del futuro. Puede que el escritor, como dice con tanto pesimismo John Keats, escriba su

nombre encima del agua, pero este agua del tiempo, agua amarga, está bendita por la transfiguración del mundo sensible en palabras misteriosas. Palabras más reales que la realidad misma. Y, ¿qué es esta realidad sino una fantasmagoría, un espejismo retenido por las palabras? Nuestro padre Homero fue, según la tradición significativa, ciego hacia el mundo visible, exterior. Y ha visto con eternidad poética la condición humana en todas sus fases decisivas, dejándonos la herencia de las verdades atemporales, herencia tan amarga como todo el pasado de la humanidad. También Jorge Luis Borges empezó a ver muy claro y a descifrar con exactitud poética el mundo mientras avanzaba en su ceguera. Tenemos que dejarnos que nos guíen apoyándose en sus palabras, antes que nos cubra a todos el silencio final, silencio que puede vencer solamente el Amor misterioso que sujeta a todo el Universo.



GI